

# El juicio

por César Mallorquí

---

Este relato está dedicado a la memoria de Eduardo Mallorquí.

---

Poco después de que César cumpliera diecisiete años, su madre le recordó que aún había en el altillo de su armario un montón de trastos viejos de cuando era un crío. Añadió que necesitaba el espacio y sugirió —ordenó más bien— que esos bártulos inútiles debían desaparecer cuanto antes.

Esa misma tarde, después de comer, César vació el altillo. Allí, entre juguetes rotos e inacabados álbumes de cromos, encontró una pila de tebeos y libros mil veces releídos. *El Hombre Enmascarado*, *Flash Gordon*, *Tintín*, *La isla del tesoro*, *Las aventuras de Guillermo*... En algún tiempo, aquello había sido algo muy valioso para él, pero ahora sólo era basura; no obstante, mientras acumulaba los trastos en una caja de cartón, César contempló con cierta nostalgia las coloristas portadas de los álbumes de Tintín y de Guillermo, y a punto estuvo de conservar aquellos libros.

Pero no lo hizo; su mente se hallaba muy ocupada pensando en el partido del domingo, y en la chica que le gustaba, y en los exámenes de junio, así que finalmente lo tiró todo en un contenedor cercano a su casa. Luego, volvió a su cuarto y, con la satisfacción del deber cumplido, se tumbó en la cama para echar un sueñecito antes de salir a dar una vuelta con los amigos.

Cerró los ojos y se durmió. Pero, cuando volvió a abrirlos, ya no estaba en su cuarto, sino en una extraña sala que, gracias a las películas que había visto, pudo identificar como un juzgado. A su derecha, tras una barandilla de madera, doce personas de aspecto tan variopinto como estrafalario aguardaban sentadas en doce sillas. Delante había un estrado vacío. Él ocupaba el sillón de los acusados.

César no tuvo tiempo siquiera de extrañarse. Vagamente, sospechaba que aquello era un sueño, pero no pudo reaccionar, porque de pronto se abrió una puerta lateral y un ujier cojo, con aspecto de pirata, entró en la sala. Una tarjeta prendida en la pechera llevaba escrito su nombre: Long John Silver.

—El Estado contra César Mallorquí —proclamó el ujier—. Forman el jurado Lord Greystoke, Tom Sawyer, don César de Echagüe, Sherlock Holmes, capitán Nemo, Flash Gordon, Mr. Walker, profesor Lidenbrock, profesor Challenger, Holden Caulfield, Shanti Andía y Arthur Gordon Pym.

En ese momento apareció en la sala un joven con pantalón bombacho y tupé, acompañado de un hombre barbudo tocado con gorra de marino. John Silver prosiguió:

—Representa a la fiscalía el señor Tintín (sin apellido conocido), y actuará como defensor el capitán Haddock. Forman el tribunal los honorables Douglas, Pelirrojo y Enrique. Preside el tribunal el honorable Guillermo Brown.

Cuatro muchachos sucios y desaliñados entraron en la sala y ocuparon el estrado; vestían gorra, chaqueta y panta-

lón corto, y llevaban el pelo revuelto, los cuellos torcidos, las corbatas ladeadas y los zapatos llenos de barro. Eran los terribles *Proscritos*. El capitán Haddock se aproximó a César y le susurró al oído:

—No te preocupes, grumetillo; este juicio es pan comido.

Tras pedirle al ujier una botella de agua de regaliz, Guillermo Brown descargó un energético mazazo sobre la mesa y exclamó:

—¡Se abre la sesión! —consultó unos papeles, mascullando hum y ejem con severa gravedad, y agregó—: Se acusa al joven César de haber asesinado, con premeditación y alevosía, al niño César. ¿Cómo se declara el acusado?

—Inocente, señoría —repuso Haddock al instante.

—Todos dicen lo mismo —gruñó Guillermo con gesto hosco—. Apuesto a que ahora tiene la palabra el ministerio fiscal...

En un rincón de la sala jugaban alegremente dos perros; uno de raza indefinida —probablemente llamado Jumble—, y un simpático terrier blanco. Tintín entrecruzó las manos a la espalda y avanzó unos pasos, pensativo.

—Señores del jurado —dijo—, esta misma tarde, el acusado mató de forma deliberada al niño que fue. Para demostrar esta aseveración bastará con formular dos preguntas —se volvió hacia César—: ¿Es cierto que hoy tiró a la basura los tebeos y los libros que conservaba de su infancia?

César estaba un poco desconcertado, pero no demasiado; a fin de cuentas sólo era un sueño, ¿no? De reojo, advirtió que el jurado le miraba expectante.



FINO LORENZO.

—Sí —respondió—, pero...  
—¿Por qué lo hizo? —le interrumpió Tintín.

—Pues porque no valían para nada. Ya no soy un niño.

Tintín sonrió con tristeza y se volvió hacia el jurado.

—Ya no es un niño —dijo—, y sus sueños de niño carecen de valor —extendió los brazos y agregó—: No haré más preguntas.

Guillermo sorbió ruidosamente el agua de regaliz que le acababa de traer John Silver.

—La defensa tiene la palabra —masculló entre dientes.

Haddock encendió una pipa, se echó para atrás la gorra y, entre densas nubes de humo, le preguntó a César:

—¿Esos libritos y esos tebeuchos ocupaban mucho espacio?

—Claro, por eso los tiré.

—De modo que, como usted ha creci-

do, para meter sus cosas nuevas en el armario tenía antes que deshacerse de las viejas. Un buque ha de soltar lastre para proseguir su singladura, ¿no es así?

—Pues... supongo.

—Claro, todos nos hacemos mayores —concluyó Haddock—. No hay más preguntas.

Guillermo Brown intercambió una mirada con los *proscritos*.

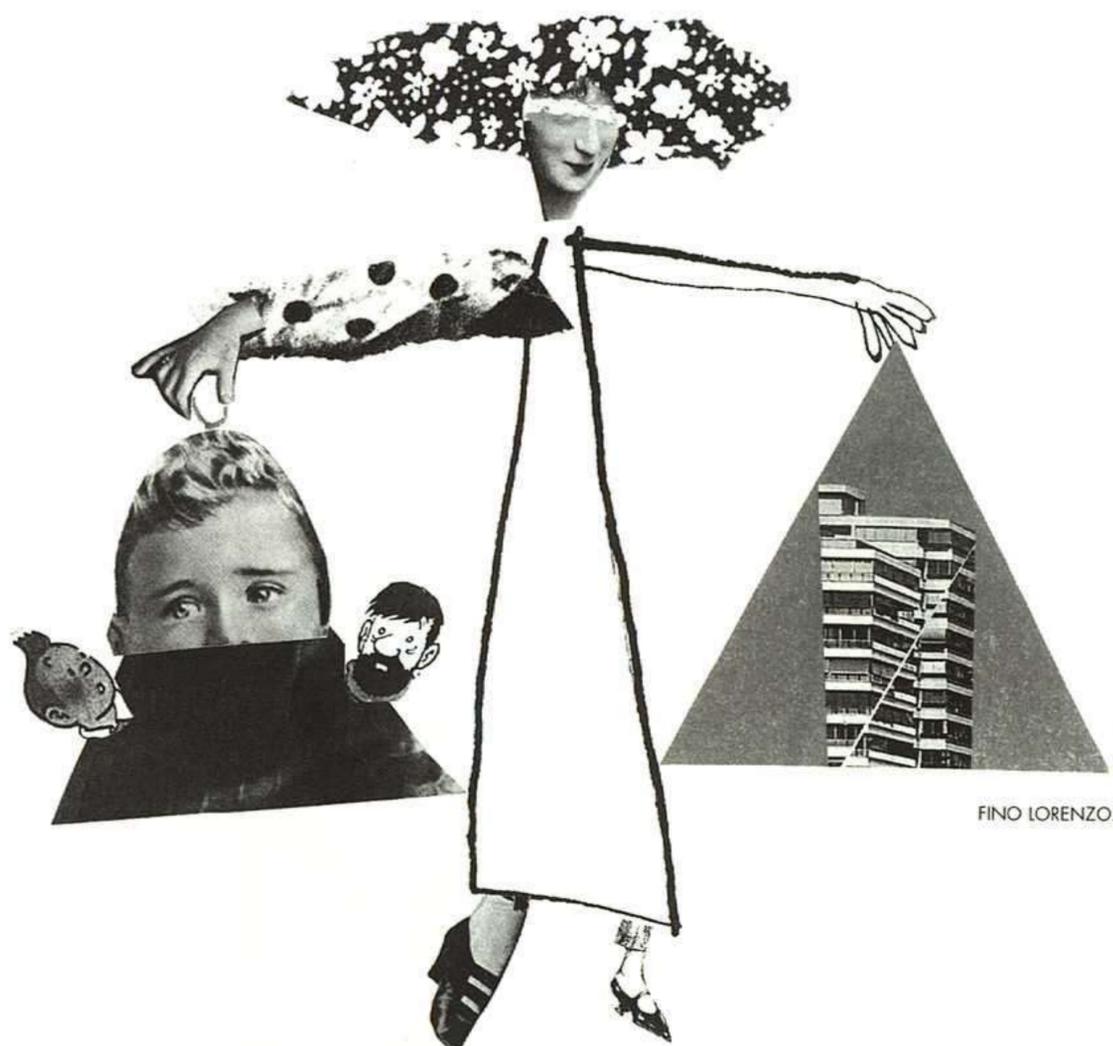
—Pasemos a las conclusiones finales —terció—. Y estaría la mar de bien que los letrados se dieran prisa, porque mis secuaces y yo tenemos una reunión muy importante en el cobertizo.

Tintín se dirigió al jurado.

—Mi exposición será breve —dijo—, pues el propio acusado ha confesado su

culpabilidad. Según sus palabras, se deshizo de las lecturas de su niñez porque ya no le servían para nada. Es decir, renunció voluntariamente a la fantasía, a la imaginación y a los sueños. Y es precisamente así, señores del jurado, como se mata al niño que llevamos dentro. Sobre la culpabilidad del acusado no cabe, por tanto, la menor duda; sólo queda preguntarnos si su crimen tiene alguna justificación. ¿Es necesario matar al niño para dar paso al adulto? Eso sería como afirmar que hay que amputarse las manos para que nos crezcan las piernas. No somos sólo lo que somos, sino también lo que hemos sido y lo que seremos. En nuestro interior hay espacio de sobra para el niño que fuimos, y acabar con él no es más que un execrable crimen —hizo una pausa y agregó—: Gracias por su atención.

Tintín se alejó con la cabeza gacha y Haddock avanzó unos pasos hasta situarse frente al jurado.



—No deben extrañarnos los argumentos de la defensa —dijo entre bocanadas de humo—; a fin de cuentas, mi colega y amigo Tintín es un niño que se niega a crecer, el eterno *boy scout*. Pero su caso, señores del jurado, no es más que la excepción que confirma la regla. Las personas debemos madurar, y es normal que lo que nos apasionaba cuando éramos críos nos aburra al convertirnos en adultos. Antes lo dije: un buque debe soltar lastre para alcanzar buen puerto. Si queremos madurar, debemos dejar a un lado las fantasías y aceptar que ser adulto no consiste en corretear locamente por Sildavia, sino en sentarse en el salón de Moulinsart, frente a la chimenea, saboreando quizá un vasito de *Loch Lomond*. La muerte del niño César resulta lamentable, sí; pero no es un asesinato, sino ley de vida.

Concluido el alegato, Guillermo dio un mazazo sobre la mesa y declaró:

—Visto para sentencia. El jurado puede retirarse a deliberar.

Pero los miembros del jurado no se movieron de su sitio. En vez de ello, cuchichearon unos minutos entre sí hasta que, finalmente, Mr. Walker (también llamado *El Fantasma* o *El Hombre Enmascarado*) se incorporó y, dirigiéndose al tribunal, dijo:

—No necesitamos deliberar, señoría. Por unanimidad, este jurado declara al acusado culpable de homicidio en primer grado, y espera que el tribunal le imponga la mayor pena que contemple la ley.

Un revuelo de murmullos recorrió la sala.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Haddock, indignado—. ¡Esto es un atropello! ¡Recurriremos al Supremo, banda de bachi-buzucs!

Guillermo sofocó el escándalo con una sonora tanda de mazazos.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Vamos a dictar sentencia, troncho! —intercambió una mirada con los *proscritos* y, tras un carraspeo, prosiguió—: Póngase en pie el acusado —César obedeció—. Habiéndosele hallado culpable del asesinato del niño César, este tribunal impone al reo la pena de que sus deseos se hagan realidad. A partir de este momento, el joven César perderá lo que le quede de fantasía e imaginación, se convertirá en la clase de adulto que ha decidido ser y olvidará para siempre los sueños de su niñez, de modo que sólo considerará importantes cosas como el fútbol, su trabajo o la televisión. En definitiva, este tribunal condena al acusado a ser vulgar de por vida. ¡Se levanta la sesión!

Dicho esto, Guillermo descargó un vigoroso mazazo sobre la mesa, y en ese justo instante César se incorporó en la cama, súbitamente espabilado. Había sido un sueño, sólo un sueño... Pero César no pudo evitar sentir una intensa sensación de vacío en su interior, como si un fantasmagórico cirujano le hubiera amputado una parte sustancial de su espíritu. ¿Qué había hecho?, pensó; ¿cómo había sido capaz de tirar aquellos maravillosos tebeos, aquellos extraordinarios libros? De pronto, se sintió triste y desvalido, y experimentó la clase de pena que sentimos cuando perdemos a alguien muy querido.

Pero, un momento... ¿Estaba aún a tiempo de enmendar su error? Consultó el reloj: apenas había pasado hora y media desde que tirara sus cosas a la basura. ¡Podía recuperarlas! César saltó de la cama, salió de su casa a la carrera y no dejó de correr hasta que llegó al contenedor. No obstante, una vez allí, descubrió con desolación que sus cosas ya no estaban.

No puede ser, pensó; el camión de la basura aún no había pasado. Alguien debía de haberse apoderado de sus libros y de sus tebeos, quizá un niño, o puede que un adulto con alma de niño. Desolado, César contempló los escombros y la basura que se amontonaban en el contenedor... Y de repente lo vio, allí, tirado bajo unos cascotes. Era uno de sus libros de Guillermo, con una espléndida ilustración de Thomas Henry en la roja portada. César lo cogió con cautela, como si fuera a esfumarse, y lo estrechó entre sus brazos. Luego, echó a andar de regreso a casa.

Pero, a medio camino, se detuvo en un bosquecillo de pinos, se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol y se puso a leer *Travesuras de Guillermo*. Al poco, comenzó a reír y no dejó de hacerlo durante mucho, mucho, mucho rato. Y, con cada carcajada, el indulto a su condena se aproximaba más y más.

«Hasta entonces, Guillermo no había encontrado jamás a una persona mayor que no considerase el agua de regaliz un repugnante brebaje infantil que debía arrojarse a la basura siempre que se encontrara» (*Guillermo y los mellizos*, Richmal Crompton).